

...con las REVISTAS

LA GACETA ILUSTRADA. 26 de Diciembre de 1959. Núm. 168

La Duquesa de Alba en Nueva York

Abrimos este número de la GACETA con cierta simpatía, atraídos por esa figura acogedora del presidente Eisenhower, recorriendo de pie en el coche, con sus brazos abiertos, y el sombrero en la mano las calles de Madrid. Los magníficos reportajes gráficos de la GACETA nos ponen siempre al tanto de los principales acontecimientos de la vida nacional e internacional. Así llegamos a la página cuarenta y seis en la que quedamos sorprendidos por una gran foto de la Duquesa de Alba en traje de noche. Se trata de un baile en el Hotel Astoria de Nueva York, ofrecido por la fundación Chrysler para recaudar fondos con destino a sus hospitales. En este momento ya no me parece el reportaje tan acertado. Comprendo que la gente llamada de "alta" sociedad necesite reunirse para bailar unos de frac y otras en traje de noche. Lo comprendo, aunque quizás no pueda decir que me guste. Pero como, me guste o no, lo van a seguir haciendo, más vale dejarlos en paz. Lo que sinceramente no comprendo es que haya que bautizar estas fiestas con el nombre de "benéficas". Benéfico, que significa "hacer el bien" (= bene facere) se dice de aquellas personas o de aquellas cosas que realmente se hacen por un deseo de ayudar a otros. Puesto que se trata de hospitales, comprendo que se llame "benéfico" al médico que sacrifica el sueño para asistir a su enfermo en horas inoportunas, a la Hermana de la Caridad que desgrana su vida en las salas de los hospitales, a los enfermeros que colaboran en servicios desagradables a la sensibilidad. A todas estas personas que por caridad cristiana y desinteresadamente, o por moralidad profesional, cumplen una labor de asistencia con los enfermos, comprendo que se les llame "benéficos". Realmente hacen el bien. Lo que no acabo de comprender es que quienes se reúnen a una cena de gala y a un baile nocturno, puedan decir que están haciendo bien a los enfermos pobres de los hospitales. Si de lo que se trata es de esto, se conseguiría más eficazmente (en el supuesto de que todos diesen de limosna lo que se hayan de gastar en el baile), si entregaran directamente sus limosnas a las entidades que cuidan de los enfermos. Si de lo que se trata es de reunirse para bailar, nadie impedirá que lo hagan libremente sin necesidad de que se llamen "benéficos". Quien quiera bailar de noche, que baile; y quien quiera dar limosnas, que las dé. Cada uno recibirá de Dios el premio de sus obras. Lo que me disgusta es que con el pretexto de dar limosnas, se organicen fiestas de sociedad. Cada cosa tiene su tiempo y su espíritu. *Lo que Dios ha separado, ¿por qué se empeñan los*

hombres en juntarlo? Es de esperar (!) que cualquier cristiano vea en la limosna un valor suficiente por sí mismo para hacerla, sin necesidad de agregarle ese aliciente un tanto turbio de una fiesta nocturna de gala. Pensar que no se recogerían limosnas para las obras de caridad si no es mediante estas fiestas, es un sofisma muy grato a las gentes del mundo. Gracias a Dios aún hay en la tierra espíritu cristiano suficiente para que los hombres den limosna de los bienes que Dios les ha concedido, con la única esperanza en el premio de Nuestro Padre que está en los cielos. Lo que sí es cierto es que quien dé su dinero a través de esas fiestas de caridad, no lo daría sin el incentivo de la fiesta. Pero creo que ese dinero no es necesario para las obras de caridad cristiana. ¿Por qué tenemos los hombres este empeño en poner el velo de la caridad a todas las cosas? Si es porque realmente la caridad es una necesidad imperiosa de lo más profundo de nuestro corazón, practiquemos no el "velo" de la caridad, sino su realidad.

El ser socorrido gratis y de limosna, no cabe duda, que engendra en el socorrido un sentimiento de inferioridad, de debilidad. Ya sabemos la vergüenza con que, los que nunca han tenido que pedir limosna, lo hacen la primera vez que tienen necesidad de hacerlo. Realmente es humillante sentirse incapacitado para bastarse por sí mismo en la vida. La caridad cristiana, que no da secamente el socorro material, sino que enjuga el donativo con el amor cristiano de hermano, suple esta deficiencia humillante que lleva el donativo consigo: cuando son dos corazones los que se aproximan, desaparecen las relaciones de donante poderoso y socorrido débil, y lo que fundamentalmente queda son dos cristianos que se aman y que se comunican sus bienes. Pero en los socorros materiales recogidos de esta manera, dudo fundadamente que se puedan encontrar los valores de la caridad cristiana. ¿Quién podría decir que el dinero dado en una fiesta nocturna de gala, donde no es precisamente el amor de Dios lo que se cultiva, se da movido por el amor cristiano de hermandad con los hombres? Y me pregunto, ¿qué situación de depresión humana debe producir en los enfermos pobres de los hospitales el saber que ellos son atendidos en las necesidades más elementales de su salud, con los despojos de una fiesta de gala?

Por todo esto nos resultan algún tanto desconcertantes las frases de elogio que dedica el reportaje de la GACETA a la fiesta de Nueva York. "Hombres y mujeres de la más alta sociedad norteamericana, artistas, diplomáticos... esperaron expectantes la llegada de los jóvenes Duques, cuya personalidad y circunstancias fueron la nota dominante y unánime de todas las crónicas de sociedad de la Prensa neoyorkina". "España ha sido, sin ningún género de dudas, protagonista indiscutible de la actualidad local". "La presencia de los Duques ha sido garantía de éxito y ocasión de poner elogiosamente de relieve el nombre de España". Prescindimos de cuál sea la manera más apta para que el nombre de España sea elogiado en el extranjero. Pero no hemos querido dejar de señalar nuestra disconformidad con estas actitudes sociales en las que se intenta combinar cosas que deben quedar separadas. Quizás para terminar no estará de más recordar un decreto de la Sagrada Congregación Consistorial, que sirva de criterio para los católicos: "se prohíbe a cualesquiera sacerdotes tanto seculares como regulares y a todos los clérigos que promuevan dichos bailes, aunque sea para ayuda y auxilio de obras piadosas, o para otro fin cualquiera; además se prohíbe a los clérigos que asistan a estos bailes, si son promovidos por los seculares" (Acta Apostolicae Sedis 8 (1916) 147-148).

Jaime Loring, S. J.